

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XII

Valladolid: Junio de 1914.

Núm. 138

UN MONUMENTO BURGALÉS DE ANTIGUA ÉPOCA CRISTIANA

Nuestro Museo Provincial acaba de recibir un venerable monumento de los primeros siglos de nuestra Era, que viene á sumarse con los pocos de aquel tiempo conocidos hasta el presente en nuestra provincia para constituir un anillo más que enlaza los espléndidos ejemplares, gala de la primitiva Castilla, á partir de la primera época románica en adelante, con las más antiguas manifestaciones del arte, proyectando nueva luz sobre los oscuros orígenes de la civilización cristiana en este país. Y es digno de observarse que procede como casi todos sus congéneres de la cuenca del Ebro, lo cual no es de extrañar, pues por la margen de este río nos llegó la primera luz del Evangelio.

Presta además nueva confirmación á las cortas noticias conocidas acerca de la sede de Oca en sus primeros tiempos, probando con el testimonio de un monumento más, prueba inalterable del proceso seguido por la evangelización, que á lo largo de las vías romanas cuando menos, adquiere gran importancia aquélla, hasta llegar al mismo país de los cántabros. Para demostrarlo bastará indicar que saliendo de Oca, quemada por los moros, y bajo cuyas cenizas se ocultan importantes vestigios del arte primitivo, siguiendo la cuenca del Oca tributario del Ebro,

hallamos pronto restos de este arte en Cameño (1), representado hasta ahora por una cubierta de sarcófago, propiedad hoy de D. Bonifacio D. Montero, en esta ciudad, del que diré algo más adelante. Sigue después Buezo, lugar de procedencia del arca sepulcral traída de Briviesca á este Museo, y viene más tarde Poza con el suyo. Si avanzamos un poco más en la misma dirección y muy cerca de la confluencia del Ruedrón con el Ebro, ya en Cantabria encontraremos á Siero, ciudad romana no citada en los itinerarios, con su pequeña ermita y edícula que conservan una inscripción votiva del siglo VII en memoria de las protomártires de la fe en este país, santas Centola y Elena, que di á conocer hace algunos años.

Y sería preciso volver á la cuenca del Arlanzón, que tan fácilmente se enlaza con Oca, para dar en Buniel con un cipo funerario cristiano del mismo tiempo próximamente, hoy en el Museo Provincial; puesto que las grandes y elegantes columnas visigóticas, que se alzaron hasta hace poco en un jardín de esta ciudad recubiertas en sus estrías de frondas, pertenecen ya al renaci-

(1) Villa distante media legua de Briviesca, su capital de partido.

miento visigótico, como sucede con los restos de Clunia conocidos y además son de procedencia ignorada.

Prescindiendo del estudio de las vías romanas, que siguen próximamente los itinerarios marcados por los monumentos y cuencas citadas y de otra serie de consideraciones, que serán objeto de un estudio más detenido, me contento con dar á conocer este monumento, acomodándome á la extensión que permite la índole de un breve artículo.

Es de piedra calcárea concrecionada, sumamente dura y saltadiza, que se ha conservado en regular estado, á pesar de haber venido sirviendo de pilón á una fuente de la ermita de Nuestra Señora de Pedrajas en la villa citada durante gran parte del siglo pasado cuando menos. Sus dimensiones son, 1'80 de largo, 0'60 de ancho y 0'55 de alto.

Desde hace algunos años era conocido de la Comisión de monumentos por un dibujo que envió de él el Sr. Bolinaga; y últimamente, acompañado por D. Juan de Dios Rodríguez, vecino de Poza, lo visitó el Sr. Hergueta, incansable indagador de nuestras antigüedades romanas, quien dió cuenta del mismo al que esto escribe, y obtenida la competente autorización de la Comisión provincial de monumentos, fácil y prontamente recabó de la generosidad y elevadas miras del Ayuntamiento, la adquisición del sepulcro que le fué concedida á título gratuito, ayudado en sus gestiones por el citado Sr. Rodríguez, gran estimador de las antigüedades de su país.

Está labrado en sus cuatro caras, aunque en la posterior y menores imperfectamente, pues sólo se distinguen dos vides á cada extremo y el resto únicamente está desbastado; pero en su frente principal se descubren además perfectamente cuatro toscas figuras y parte de otra desgraciadamente borrada. La consideración de las vides, autosímbolo escogido por Jesucristo, quien se designa respecto de los fieles con el nombre de la vid que comunica la savia á los sarmientos, y la escena constituída por las figuras humanas ya indicadas, sugieren pronto, á los que conocen el simbolismo peculiar á los primeros siglos, la

convicción de que indudablemente el monumento es cristiano y de aquella remota edad.

Mas, cuál sea la interpretación que deba darse y á qué época atribuirle, cosas son que no pueden precisarse en absoluto hasta que un estudio más detenido y la autoridad de algunos pocos arqueólogos conocedores de esta especialidad no vengan á decir la última palabra sobre esta cuestión.

Deseoso no obstante de darle á conocer, y dispuesto á rectificar cualquier apreciación que pareciese infundada, me adelanto á hacerlo, después de un estudio comparativo con los muchos que he visto en los principales focos protocristianos de arte.

Las figuras de izquierda á derecha son: una sentada sobre tosco escaño, poco marcada en sus detalles, en actitud de recibir otras tres que llegan alargando sus manos cual si fuesen á ofrecer dones. Como detalles accesorios se ven detrás de la última figura una especie de torre estrecha que ocupa todo lo alto del sepulcro con una sola abertura para puerta, y últimamente sobre un montecillo rocoso una palmera. Además, la primera de las tres figuras, vestida de tosca, pero bien marcada túnica con ceñidor y manto puntiagudo de exiguas dimensiones, lleva un disco en la mano derecha, el que inclina hacia un bulto alargado sostenido en un pesebre, en parte destruído.

Si la piedra tuviese el detalle necesario en esta última figura, sería fácil averiguar la significación de toda la escena; pero careciendo de él, la reunión de tales elementos se presta á tomarles por cualquiera de estas dos, semejantes en la composición, á saber: los tres jóvenes hebreos recibidos por Nabucodonosor, después de haber salido ílesos del horno de Babilonia delante de un busto de estatua y un guerrero con escudo, como es frecuente verles, ó la adoración de los Magos. En esta última hipótesis, que en mi opinión resuelve la incógnita de este problema, la primera figura sentada representa á la Virgen al lado del Niño reclinado en el pesebre, cuyos soportes se distinguen un tanto, y al cual se dirigen en el número acostumbrado de tres los dichos Magos; la torre colocada tras de ellos puede ser

un recuerdo abreviado de la ciudad de Jerusalén ó Belén, juntamente con la palmera, árbol representativo de Palestina.

En este caso será preciso suponer que el bulto alargado, cercano á la Virgen, se refiere al Niño Jesús, fajado al modo oriental, como suele verse tantas veces en los sarcófagos sin descubrir los pies, y que el disco que abate ligeramente el primer Mago sea el flabelo, señal de distinción entre los orientales, de lo que tenemos también precedentes, v. gr., en un arca sepulcral que se conserva en el cementerio de Santa Inés, extramuros de Roma, en que el personaje descrito ofrece con la izquierda su ofrenda, como sucede aquí.

Ocurre, por último, en defecto de inscripción que lo indique, fijar la fecha de su construcción.

Para hacerlo conviene presuponer:

1.º Que no se trata de un monumento propiamente artístico, sino principalmente histórico y piadoso, en el que la calidad de la piedra empleada apenas permite pulimento, aparte de ser un arte de tradición que ha declinado ya y vive de recuerdos en cuanto á los sujetos ó asuntos.

2.º No admite comparación con otros de la Península, fuera de los ya citados, porque en aquéllos perdura el sentido de la forma que popularizaron los romanos en sus obras sepulcrales, modelos de todas las de Occidente, y, fieles á la tradición, varían sus sujetos, pero se inspiran en las mismas ideas. Aquí el relieve es meramente narrativo, duro y seco, y ha perdido sus cualidades plásticas. Ni al arte visigodo que permaneció independiente de los romanos, si bien tomó muchos de los símbolos cristianos y algunas formas y dibujos, aunque sintió mayor predilección por lo oriental que recibieron de Rávena, intérprete de la antigüedad clásica para los bárbaros.

3.º Dentro de su rusticidad es, además, de origen bárbaro, puesto que ofrece algo de la rigidez y tosquedad que caracteriza las artes é industrias de los invasores en todo el Occidente conforme se observa en las figuras y sobre todo en los adornos; sirvan de ejemplo las vidés estilizadas aquí por desecamiento, lo que hace pueda ser considerado como una de tantas repeticiones rutinarias de motivos y asuntos en los últimos

tiempos del arte protocristiano. Nada en él revela sentimiento clásico, ni la forma, ni el plegado de paños; nada de contrastes de luz ni de sombras, propios del arte romano.

Tan pobre fué de imaginación el artista, que repite las figuras y la actitud.

Esto supuesto, ¿á qué época de la dominación bárbara pertenece? Acudiendo primeramente á la cualidad de la escultura, que es el mejor criterio para fijar una data, se observa que tiene mucha semejanza principalmente con la cubierta procedente de Cameno, la cual se ve invadida por ornamentos simbólicos con ligeras influencias bizantinas, cosa que no sucedió hasta la mitad del siglo V en otras naciones, y en la nuestra, probablemente cuando los visigodos recibieron ayuda de los ostrogodos y entraron en estrechas relaciones con ellos.

Apoyándonos en segundo término en la autoridad de los autores, vemos que se puede llegar con el de Briviesca, de la misma escuela y casi contemporáneo del nuestro, hasta el siglo VII y VIII. Así lo dice el Sr. Mélida en su preciosa obra *La escultura hispano-cristiana de los primeros siglos de la Era*.

Estudiando la cronología hallamos que Tarik arrasó el país de la Bureba en 711 y Oca en 714, y aquél no fué rescatado completamente de los moros hasta el reinado de Alfonso VI, por lo cual, teniendo en cuenta que después de aquella fecha ni una sola vez se encuentra en las arcas sepulcrales esta especie de representaciones simbólicas, reservadas para decorar capiteles de columna y otros elementos arquitecturales, hemos de pensar que es anterior á la llegada del general musulmán. Sentado ya antes el principio de que es posterior al siglo V en su primera mitad, será necesario seguir las vicisitudes de los invasores para dominar este país y su conducta respecto de los católicos para señalar con más probabilidad de acertar el tiempo de su construcción.

Ahora bien; los suevos, vencidos por Teodorico en 456, abandonaron este país, ocupándolo los visigodos, y fué preciso que pasara un siglo de turbulencias desde que entraron los invasores bárbaros para obtener la paz y el orden; esto

ocurrió bajo Teodomiro (511-526), el cual, aunque arriano, permitió la libre práctica del catolicismo.

Después de él hubo intervalos de paz, y á alguno de éstos debe atribuirse nuestro sepulcro; porque el reinado de Recaredo, gracias á la influencia de San Isidoro de Sevilla, inaugura en 587 una civilización diferente de la que hasta entonces había prevalecido entre los visigodos y muy superior á ella, y la época anterior se caracteriza por la *rusticidad*, que es la nota distintiva del arte de estos sarcófagos.

En efecto, San Braulio de Zaragoza dice de San Isidoro (Praenot. libr. D. Isidori.) que Dios

le había criado para levantar á España caída en decadencia, restaurar los monumentos de los antiguos y preservar el reino de caer enteramente en la *rusticidad*, y así observamos que muy pronto se inició bajo Recaredo un renacimiento científico, literario y artístico que colocó al imperio visigodo á la cabeza de las naciones de Occidente, al cual es anterior seguramente nuestro estimable sarcófago.

Burgos 30 de Abril de 1914.

LUCIANO HUIDOBRO.

(Del *Bol. de la R. Academia de la Historia*).

LA FASTIGINIA

(Continuación) ⁽¹⁾

No hallé en la procesión cosa notable más que el concurso de gente y las riquezas de las colgaduras. Cada feligresía mandó un estandarte, cruz y el santo titular, en andas. Irían 600 frailes, 300 clérigos, todos los consejeros, algunos nobles con el rey y los príncipes delante, y detrás los embajadores y mayordomos. Iba el rey hablando con el cardenal, de blanco, capa abierta y botones de oro.

Fué todo muy desordenado, por librarse del sol, que buscaba por dónde entrar, y que era suficiente para desordenarlos. No llevan de nuestras diversiones más que ocho gigantes, muy bien vestidos, y dos damas, una de ellas de mulatas portuguesas, que cantaban:

¿Quem he este que aqui vem
honrar nossa confraria?
He Jesus de Nazareth,
filho da Virgem Maria;

de lo cual los castellanos hacían entremés. Pasando por donde estaba la reina en una ventana del pasadizo nuevo, la dijo una de las mulatas: «Muchos años viva V. M., que nos dió un príncipe tan hermoso y tan lindo»; y á la reina la vinieron las lágrimas á los ojos y después se echó á reír de lo que la decían.

Estando nosotros por la mañana en la Platería, frente á una ventana de doña María Vázquez, á la que yo conocía, y con quien estaba doña Ursula y otras señoras, nos recogimos en un portal y nos sentamos en un banco para ver desde allí la procesión, y mandamos que nos buscaran de almorzar, que allí todo es lícito. Quedamos entre algunas mujeres, una de ellas flamenca, hermosa y agraciada; y entre algunas cosas me dijo: «Señor, no se me arrime v. md. mucho, que los portugueses, aunque les sobre aire en los altos, son muy calientes de corazón» (1). Díjela yo: «Señoras, nos buscamos nues-

(1) Véanse los números 123 á 125, 127, 128, 131, 133 á 136.

(1) En castellano el diálogo.

tra comodidad, y las flamencas son muy frías, y llegámonos al fresco.»

En esto llegaron los bizcochos y los confites. Ella se nos fué llegando con las otras, diciendo: «¡Qué linda mezcla del caliente con el frío!» Yo la respondí: «No se nos arrime v. md. ahora, no tengamos pendencias de dos contrarios en un sujeto.» Replicó ella: «Qué poco práctico es v. md., pues no sabe que no hay mayor regalo en verano que comer con nieve.» Y con esto entraron á saco en el almuerzo, ella y las otras.

Las de la ventana tuvieron envidia y nos mandaron á decir por una criada «que razón fuera que nos acordásemos de ellas, y más que tenían torresno lampreado (1), con que podían pagar.» Mandámosles decir que bien veíamos que aquello era querer darnos de almorzar, que nombra-sen á los convidados. En fin, diéronnos licencia para irnos á almorzar allá á mí y á Jorge Castrioto, que estaba allí.

Él dudaba, recelando amargar los carozos, que son muy acedos. Era en medio de la Platería y no sabía cómo lo tomarían los maridos. En fin, porque era descortesía no ir, fuimos, y aun guardando muchos cumplimientos sobre quién había de ir delante para abrir camino, sobre lo que reímos infinito.

Traeremos acá una historia de dos negros que, yendo por uvas, dijeron, que el que hallase el *sario* (2) llamase al otro; y, dando el dueño con un virote á uno de ellos y gritando, pensó el otro que le llamaba, y dijo: ¿Qué es eso? ¿Está ahí el *sario*? Yendo, pues, yo delante, me dijo, con su gracia acostumbrada: Oiga vuesa merced; como halle 'el *sario*, avíseme vuesa merced luego. Y les contamos la historia, que celebraron mucho, diciendo «que sus maridos eran personas que sabían conocer la merced que les hacíamos en honrar su casa, y más siendo tan conocidos míos como eran» (3).

Diéronnos de almorzar é hicieron bailar á las mozas y mil atenciones que no saboreamos, con la prisa que el amigo tenía, deseando verse en la calle del Rey (1), hasta que doña María mandó llamar á un cuñado, como guardián, y él nos hizo mucho agasajo; porque con conocer á estas señoras desde antes de la cuaresma, y verlas á diario, nunca supe nada contra su opinión, sino que gustaban de divertirse, y ser damas y ellos cortesanos.

Y á este propósito se me acuerda que, otra vez que aquí estuve, sucedió lo que os contaré. Manuela, la hermosa guanterera, es muy conocida en la corte, por ser en extremo hermosa y honesta. Llegáronse á comprar guantes unos hidalgos portugueses; probó ella unos de dos reales á uno de ellos, y, al tratar de precio, pidióle tres. Respondió él: «Los dos serán por los guantes, y por el otro me dará vuestra merced un beso.» El marido estaba dentro, y, oyéndole, salió, diciendo: «Vaya vuestra merced con Dios, que si los guantes se hubieran de vender tan bien adobados, ya por el precio no hubiera guantes en la tienda» (2). Ellos estimaron mucho el dicho y le pidieron licencia para mandarle un regalo; y estaba presente D. Martín Alfonso de Castro. Si fuera en Portugal, habría de llegar con su garfio ó bichero el villanuelo del zapatero, á matar á Alfonso Fernández (3).

Contáronnos, al mismo propósito, que un mancebo noble acostumbraba dar música á una dama que allí tenía, hija de un regidor, y eran las once, y estaban templando las vihuelas y un arpa largo tiempo; y el padre de ella se llegó á la ventana, riendo, y dijo: «Señores, por amor de Dios, que me lleven antes la hija y no me vengan á templar las guitarras á la puerta, que no se puede sufrir oír templar» (4).

Esta tarde y todo este octavario hay comedias públicas, y dan á los comediantes mil ducados

(1) «Lamprear. Componer ó guisar alguna cosa de la manera que se componen las lampreas.»

(2) Sin duda la cepa ó racimo de mejor calidad en la viña. El Diccionario de Cándido de Figueiredo, en su última edición, dice que *saria* (en femenino) es una «casta de uvas.»

(3) Esto en castellano.

(1) Acaso la calle de las Cocheras del Rey (hoy San Quirce), ó de las Cocinas del Rey (hoy León), donde vivía Jorge Castrioto.

(2) En castellano el diálogo.

(3) Véase lo dicho en otro lugar sobre Alfonso Fernández.

(4) En castellano.

por andar representándolas por las calles á todos los del Consejo Real, Regimiento y otras personas, delante de sus ventanas; y para ello tienen sus carros grandes, cada uno de 34 palmos, y juntando dos representan muy desembarazadamente, y en los testeros tienen casas y torres muy bien pintadas y doradas en partes y aposentos de donde salen, y así corren toda la ciudad.

Ni por la mañana ni por la tarde salieron los ingleses, sino muy pocos, solamente al Prado, al paseo, que fué hermosísimo. Esta tarde y la de ayer fué muy de notar y ver andar en la Plaza haciendo unos tablados para los toros, en que caben 12.000 personas, otro en el Campo para la muestra general, otros en la plaza de Palacio para el torneo, otros entoldando las calles, y que para todo hubiese gente y madera, en lo que se ve el poder de la corte, y cuán resuelta es esta gente en el gastar.

Esta noche se hace el juramento de las paces por el Rey, y se hace en privado en el salón nuevo de los saraos, y así no hay cosa notable que referir.

10 DE JUNIO

FIESTA DE CAÑAS Y TOROS POR EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE

Expectata dies aderat (1), porque á 10 de Junio, viernes, se hizo la principal fiesta de cañas y toros, por lo que los ingleses estaban muy alborozados, por ser fiestas que por allí no usan.

Recibiéronse por la mañana 16 toros con muchos caballeros, que los van á esperar á una legua, y vienen haciendo suertes, que es una media fiesta.

Cubrióse toda la plaza de arena menuda, hasta cuatro dedos de alta; con lo que quedó como la palma de la mano, principalmente después de regada y empapada en agua, lo que hacen muy rápidamente, y con una buena invención, porque ponen 16 carros en fila, con sus pipas y en las espitas dos mangas de cuero, y meneándolas, van regando, y los carros corrien-

do, con lo que en menos de tres credos queda regada y fresca la plaza, y esto lo hacen muchas veces.

Es la plaza la más hermosa que tiene Valladolid, como llevo dicho, toda de columnas al rededor, muy gruesas, de 185 pasos de largas y de una sola pieza, con sus capiteles encima, y tienen balcones por bajo, y arriba barandillas de 29 arcos en el frente, que es hermosísima cosa.

Armaron ahora el palenque desde la primera ventana hasta el piso, con lo que quedó la plaza más apañada y más hermosa, y los palenques seguros, y cabrían en ellos de 10 á 12.000 personas.

Tiene la plaza tres órdenes de ventanas en los tres pisos, y en cada orden hay 100 ventanas, y sobre ellas azoteas con su corredor, que toman toda la largura de la primera casa, y detrás de ella 10 con muchas ventanas sobre la azotea, que son 200 ventanitas; y, como todas son por un orden y correspondencia y la fachada toda de la misma labor del ladrillo, queda hermosísima; y se hace toda por una traza, porque se quemó la cuarta parte de la ciudad, y cuando se reedificó en tiempo del rey viejo, se ordenó y trazó por una manera, guardando la misma simetría en toda la plaza y demás calles que se hicieron.

Estaban todos estos lugares ocupados, y en los tejados se quitaron las tejas, y estaba la gente en piña sobre ellos. Entran en la Plaza 24 calles, y en ellas se hicieron tablados de dos pisos, que las ocupaban; hicimos cálculo de la gente que podía estar colocada y hallamos que serían más de 40.000 personas, y, con haber tanto lugar, nos costó el sitio para ambos 200 reales; mas valían á 1.000 y 800 los ordinarios, y así, cuando los dueños alquilan estas casas, reservan para sí estos días, que les rentan más que todo el alquiler del año. Y aunque las dan á los alcaldes de corte, págase la mitad.

A las once estaban ya todos los sitios ocupados, en esta forma: las ventanas casi todas se tomaron para los consejeros; dieron los arcos de arriba y abajo del Consistorio á los ingleses principales, y á los demás dieron los tablados, que escogieron en los palenques de las calles señorones que los levantaron, y las ventanas

(1) *Eneida*, V. 104.

casi todas se dejan á las mujeres, que ninguna pierde ocasión de holgar en estas coyunturas, todas riquísimamente vestidas. Las ventanas muy adornadas en el corto y pequeño espacio que hay entre unas y otras.

Cuando el rey va á las fiestas, tiene su dosel, y ninguna otra persona le puede tener, ni quitasol, ni cosa alguna de seda por encima, y así hicieron sobre ellas unos toldillos de estopa para resguardar del sol, y como velas en las azoteas.

A las once vinieron los trompetas, atabales y chirimías de la ciudad, que eran 24 con telilla de tela falsa sobre tafetán encarnado, sombreros y banderas y mangas de los atabales de lo mismo, que se repartieron en las cuatro esquinas de la Plaza, donde tenían sus palenques.

Cerca de las doce entraron los reyes, que habían de comer en el consistorio con mucho aparato, y fué de esta manera: entraron luego algunos coches y carrozas de mujeres de los grandes y señoras que habían de estar con la reina, porque ella y sus damas venían en jacas.

Seguíanse 20 pajes del rey á pie; en pos de ellos los títulos y damas, vestidos admirablemente de brocado y con toda la riqueza que se puede imaginar, cargados de oro, perlas y piedras en las cadenas, botones y cintillos, que para este día reservaron lo mejor, y, como hacía gran bonanza y sol, cegaban á la gente los rayos que salían de las piedras y medallas, que todo lo bueno de España iba en ellas y en las damas.

Y en esta universal folganza, para no faltar entremés, apareció un D. Quijote que iba en primer término como aventurero, solo y sin compañía, con un sombrero grande en la cabeza y una capa de bayeta y mangas de lo mismo, unos calzones de velludo y unas buenas botas con espuelas de «pico de pardal», batiendo *las hijadas* (1) á un pobre cuartago sucio con una maldura en el borde del lomo, de las guarniciones del coche, y una silla de cochero; y Sancho Panza, su escudero, delante. Llevaba unos anteojos para mayor autoridad, y bien puestos, y la barba levantada, y en medio del pecho una insignia de Cristo; y como iba solo y en aquella figura, co-

menzaron á preguntarnos unas vecinas si era el embajador de Portugal, ó qué cosa era aquella (1)

Se mi dimanda alcun chi costui sia (2).

diré que era el Sr. Jorge de Lima Barreto, que por honra de Portugal motejó de malos cortesanos á los demás señores portugueses y quiso acompañar á su rey con esta librea, y tomó un caballo de su coche, que no quería dar paso.

Di cento punte l'asinello offese,
Nè di sua tardità però lo tolle (3).

Y por estas y otras tales, somos oprobio de las gentes y desprecio de los castellanos.

Volviendo á la historia, en pos de los hidalgos iban los meninos de la reina á caballo; seguíanse los grandes todos que están en la corte, que son los que conté, y los principales con los vestidos que después diré; luego los escuderos de la Cámara y lacayos del rey y de la reina delante de ella y del rey.

Venía la reina en una hacanea hermosísima, en una silla de plata dorada y esmaltada con algunas piedras engastadas, con gualdrapa de velludo negro, bordado todo de florones de oro y plata y canutillo de oro y guarniciones de lo mismo, y ella con falda larga, ó cota de cabalgar; de tela de oro roja, con bordadura de aljófar.

A su lado, el rey, con la librea y los colores de la reina, capa, gorra y ropilla negra, calzas bermejas, forros blancos y plumas de los mismos colores; detrás de la reina la camarera mayor y otras dos damas en jamugas con gualdrapas de luto (4).

(1) V. sobre este punto la interesante nota de D. Francisco Rodríguez Marín en su libro *El "Quijote" y Don Quijote en América*, pág. 53. Es indudable que Pinheiro—que al escribir estas líneas había ya leído la obra de Cervantes,—no quiere expresar que Lima Barreto fuese vestido de D. Quijote, ni su escudero de Sancho, como se ha supuesto, sino que uno y otro, por su facha, recordaban á estos personajes.

(2) *Orlando furioso*, c. I, oct. 45.

(3) *Orlando furioso*, c. VIII, oct. 31

(4) Una relación impresa en Córdoba (1605), dice así: "La yda de palacio a la plaça fue muy de ver, porque fue la Reyna en vn palafren blanco, con que gualdrapa bordada de muy gran valor, yua a dos estriuos muy corta, con vna saya grande de tela de rosa seca con picaduras

(1) En castellano estas dos palabras.

Luego 15 damas de la reina en muy hermosos palafrenes, en sillas de plata, gualdrapas de velludo, con pasamanos de oro ó bordado de canutillo y rosas, por el medio, de oro y plata, que nunca Oriana en su tiempo con más grandeza probó el arco *de los leales amadores* (1); aunque llevaba consigo á la señora doña Brides y á la señora doña Dulcinea del Toboso (2), y todo era necesario para pasar las caras falsas de las damas, que parecería las escogieron una á una, si no fuesen tal para cual.

Venían vestidas con mucha riqueza, de diferentes colores, mas todas de cotas largas golpeadas, con sus moscas de oro y plata menudas y las más bordadas en lugar de las guarniciones. Iban además dos meninas de la Infanta, y con

grandes aforrada de tela de plata, la saya yua muy larga para suplir la cauallería de dos estriuos.

El Rey yua a su lado muy galan de la misma color, y en esta conformidad fueron las damas acompañadas de muchos señores con lo que se puede dezir de vizarria. Vuo este día tanto que ver, que si la memoria fuera como la voluntad, se pudieran henchir otros cien pliegos mas de papel.,,

(1) Alude al arco que el rey Apolidón, en el *Amadis de Gaula*, hace en la insula Firme "á la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas había, e otrosí había en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á él la podía entrar sino por debajo del arco; encima dél puso una imagen del hombre de cobre, y tenía una trompa en la boca con que quería tañer; e dentro, en el un palacio de aquellos, puso dos figuras á semejanza suya e de su amiga, tales que vivas parecían las caras propiamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy clara; e fizo poner un papadrón de fierro de cinco codos en alto a un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, e dijo: *De aquí adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobiesen errado á aquellos que primero comenzaron á amar, porque la imagen que vedes tañará aquella trompa con son tan espantoso o fumo e llamas de fuego, que los fará ser tollidos e asi como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero o dueña o doncella aquí viniesen que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya como ya dije, entrarán sin ningún entrevalo, e la imagen fará tan dulce son, que muy sabroso sea de oír a los que lo oyeren; y estos verán las nuestras imágenes, e sus nombres escritos en el jaspe, que no sepan quien los escribe.,,*

(2) ¿Quién será esta *doña Beatriz* (Brites)? En cuanto á la Dulcinea, contiene otra alusión *quijotesca*, por el estilo de la anterior.

cada una iba uno ó dos galanes, como ángeles de la guarda.

En llegando al Consistorio, apeó á la reina su mayordomo mayor; á las damas, sus hermanos ó parientes que las acompañaban, ó los hidalgos viejos, mayordomos y guardadas y otros, como es costumbre.

Al rey le tomó el estribo el duque de Lerma, como estribero mayor. Fué esta entrada de las cosas que más holgué de ver, por lo desusado de ver entrar las damas á caballo y con tanto concierto y magestad; y así, de estas fiestas los accesorios fueron lo más principal, como un torneo, que no tiene que ver más que las entradas.

Los que más galanes salieron en estos días fueron los príncipes (1), que, por razón del luto que llevaban por muerte del hermano, y por la fiesta del príncipe, salieron de negro y plata, á saber: bordado de tela de plata y canutillo de ella sobre velludo negro, las labores muy descubiertas y realzadas, á manera de los guadamecés negros dorados, mas las rosas menudas, capas, calzas, ropillas, gualdrapas y guarniciones todo de igual suerte, que sobresalía y lucía mucho más que todas las cosas.

El segundo, el duque de Alba, con otro vestido y gualdrapa bordado de oro sobre azul, tan costoso y rico como los primeros.

El tercero, D. Juan de Tassis, con un tercer vestido y gualdrapa de bordado menudo de tela de plata ó telilla, que brillaba mucho, por lo que se veía á través del follaje de oro que la cubría, con unas rosas ó flores levantadas con mucha argentería, y principalmente en el sombrero y cuera y bordadura, entrecruzadas piezas y botones en la obra del bordado.

El cuarto, el marqués del Valle, de chamelote de oro azul con 12 pasamanos ú orladuras de tela ribeteada, calzas de canutillo, gualdrapa azul, con tantos pasamanos de oro que casi la cubrían, y los forros de tela.

El quinto, el hijo de Franqueza, á la gineta, porque tiene los mejores 32 caballos que hay en la corte, y el aderezo de aljófar y piedras, ó perlas, riquísimo, y él con chamelote de oro rojo,

(1) Los de Saboya.

con 12 orladuras acaireladas de brocado, colete y calzas de canutillo y con infinidad de joyas y diamantes.

Comieron los reyes en el Consistorio, en público, y las damas les sirvieron la cena.

A la una entró el presidente del Consejo Real, el conde de Miranda, con este aparato: llevaba delante 27 alguaciles, muy bien vestidos, y en muy hermosos caballos, 4 alcaldes de corte, el corregidor de Valladolid, 15 oidores del Consejo Real. Llevaba siempre detrás de sí, por derecho, coche, litera y silla de manos. Es muy soberbio é hinchado, así de espíritu como de cuerpo, consuegro del duque de Lerma, y este oficio representa la segunda persona después del rey.

A las dos entró la guarda de los alabarderos en hileras, que pareció muy bien, y comenzaron á despejar de gente la plaza, haciéndola salir, lo cual costó mucho trabajo. Una vez despejada, la regaron con los carros y quedó hermosísima, ocupándose las ventanas todas, de suerte que en cada una había 16 ó 20 personas.

A las tres salió el rey y luego la reina, á la cual fué á buscar el almirante embajador, que estaba ya allí.

Tiene el consistorio 19 arcos; en el del medio quedan los reyes, y al duque le dijo el rey: *sede a dextris meis*, y así estaba cubierto en el mismo arco y balcón, mandando á los alguaciles desde allí, y ninguna otra persona, porque los demás grandes quedaron detrás de las sillas en los dos arcos de la mano derecha, los príncipes con sus criados detrás, y en los otros los ingleses principales.

Las damas tenían los nueve arcos de la mano izquierda; y, por más honra, se dió lugar entre ellas al almirante, que supo escoger lo mejor, que es la infanta doña Catalina de la Cerda, á quien dió una joya de mucho precio.

Estando la Plaza en este estado y los asientos ocupados en esta forma, con mucho alborozo y estruendo de instrumentos, que estaban en sus palenques, entraron algunos lanceadores: el primero D. Vicente Zapata, con ocho lacayos de calzas y jubones de leonado y guarnición amarilla, cuera blanca, todo acuchillado y forrado de

telilla de plata, que se descubre entre los golpes, y todos los lacayos sacan estas cueras blancas.

Luego ocho títulos, que fueron el duque de Alba, el marqués de Cerralbo, el de Barcarota, el de Coruña, el de Áyala, D. Antonio de Toledo, el de Tábara, el conde de Salinas; después fueron entrando otros hidalgos y señores con diversas libreas. Los primeros, 24 lacayos de rojo y encarnado golpeado, con sus entreforros de gasa ó telilla, cueras blancas.

Otros 12 lacayos de negro y blanco con pasamanos de plata; otros seis de negro, mangas y forros blancos; otros seis de encarnado y rojo, otros 3 de leonado y blanco, otros 8 de leonado y amarillo, otros 6 de rojo y blanco, todos de tafetán, sombreros cuarteados de las mismas (1) con plumas, y los pasamanos de oro ó plata imitada, de colores, y todos con sus rejones. Estos vestidos no se utilizan más que este día, y si al siguiente hay otra fiesta de toros, han de sacar otros y no los mismos, y así se venden luego baratos.

Quien mejor lo hizo fué el marqués de Barcarota, que quebró algunos rejones audazmente. También le avino bien á D. Pedro de Barros, que metió un garrochón por la cerviz, de suerte que le pasó el cuello y se fué en sangre por la boca y cayó luego á pocos pasos (2).

Al duque de Alba, dirigiéndose al toro, éste le mató el caballo, al cual se le salieron las tripas, y le había costado mil cruzados pocos días antes.

Mataron luego otros dos caballos, sin suceder cosa notable, porque en seguida matan á los toros, ó con los rejones, ó con las cuchilladas de los mismos de á caballo, que, como locos, se aproximan y despedazan con cortaduras en la cabeza y en las ancas á los pobres bueyes, á los cuales se llevan muertos los ganapanes, y algunos quedan en las vías.

Vinieron también á lancear al toro dos hidalgos de fuera, poco conocidos por el nombre y menos por las obras, uno de ellos llamado Mar-

(1) ¿De lo mismo, ó de las mismas colores?

(2) Supongo que nuestros taurófilos de hoy hubiesen puesto á D. Pedro de Barros como digan dueñas, por semejante degüello.

tín Leal, que no lo fué en esperar al toro con los ojos del caballo tapados, y al pasar el cuitado, le metió á traición la lanza por el costado; y, corriendo el toro, se la arrancó de la mano sana y salva, levantada en el aire como garrocha, y murió de allí á poco. Volvió á esperar otro, y como era negro, no dió en el blanco y no hizo nada (1).

El compañero lo hizo menos mal, que le esperó frente á frente; y aunque dió la lanzada delante de la cruz, se desvió bien, quebrando la lanza; y el toro murió de allí á poco.

Ya otra vez vi dar estas lanzadas á toros á Don Jerónimo de Aiansa (?), y dar grandes empujes con una lanza con una antena, y no hizo nada, y poco más otro caballero que entonces salió; y es temeridad escasa.

D. Gonzalo Chacón lo hizo mejor que otra vez que aquí estuve, que diciendo el rey, en la cena, que holgaría de ver correr unos toros, al otro día se estaban corriendo enfrente de palacio, á las tres, con muy hermosos palenques; y esperando D. Gonzalo Chacón un toro con una lanza, le acertó en la cruz y le atravesó de suerte que rodó con la barriga al aire delante del caballo.

Y el día diez de éste, en Medina del Campo, me contaron que esperando un pecador al toro,

se le espantó el caballo, al oírle llegar, y dió con él de lomos en la arena; y tornando á volver en el mismo caballo medroso, dió en la cabeza al toro, y encabritándose el caballo, volvió á dar con las costillas en el suelo, y el pecador está finando, de resultas del disgusto.

Volviendo á nuestros toros, á las seis se habían corrido 12 ó 13; y como comenzaba la sombra, se fueron el rey y el duque á vestir sus libreas para las cañas, que fué una de las más soberbias fiestas que dicen se han hecho en España.

En saliendo el rey, se despejó la plaza haciendo sentar en el suelo á algunas personas que quedaron; luego entraron 24 carros enramados con banderas de los colores de la ciudad, que parecían grandes árboles; y, saliendo en ala, regaron la Plaza, acudiendo la gente á tomarla en sombreros y en las cabezas que se estaban abrasando; y fué otra nueva fiesta que parecía la Plaza montaña, volviéndose á despejar.

Entraron en la Plaza 12 atabaleros, ellos y las cubiertas de los caballos de tafetán encarnado y forros rojos y dos barras de pasamanos de plata, ellos de ropas rozagantes de estos dos colores, sombreros, mangas de los atabales y todo lo demás debajo, de vellillo de plata.

Luego 24 trompetas, todos á la gínetica con guarniciones, caparazones y girones de los caballos y banderas de las trompetas todas de la misma suerte, y todos venían en jacas del rey, muy hermosas, y de mucho precio, y bien guarnecidas.

Seguíanse 12 acémilas del rey con cañas encima, reposteros de velludo carmesí bordados en rededor de oro y plata de despojos y trofeos y en el medio las armas reales ordinarias de broslado, con sus colores y con la corona imperial.

Las alabardas, cuerdas, sobrecargas, cabestros y sillas, todo de seda y raso y lo mismo en los pectorales con franjas hasta las rodillas de carmesí y blanco, los cordones de las colas de cintas de Colonia con piezas, muletillas y planchas de las frontaleras, de plata maciza con las armas reales, plumas grandísimas en las cabezas y ancas, de las mismas colores.

Llevaban los acemileros las colores y trajes

(1) He aquí lo que dice la relación impresa en Córdoba (1605):

«Los toros fueron buenos, aunque la mucha gente casi no los dexaua menear. Vuo muchos caualleros con rexones, y los que se señalaron fueron el Marqués de Barcarota y un hijo de Christoual de Barrios, al Duque de Alua le mataron un cauallo muy bueno y otros dos a otros caualleros. Entro a dar lançada un cauallero de Medina del Campo, y hizolo muy mal porque parado el toro sin acometerle le pico con la lança en vn lado, y se la sacó el toro de la mano, y la lleuo clauada gran trecho descalabrando con ella a los que topaua, tomo otra lança este mismo, y lo hizo peor. Entro tambien con lança don Pedro de Mendoça hermano de la muger del correo mayor que fue de Seuilla, no le entro bien el toro, pero hizolo mucho mejor que el primero. No sucedio desgracia sino es en gente ordinaria. Comieron sus Magestades en la plaça, en el Consistorio de la Ciudad, por cuya cuenta se hizo el plato.»

Cabrera de Córdoba, que da parecidos detalles, agrega: «Salió herido el condestable en la cabeza, de una caña que le sacó sangre; pero dentro de dos ó tres días estuvo bueno y pudo salir de casa; dicen que se la dieron de la cuadrilla del duque de Alba.»

de los trompetas, mas eran de velludo carmesí, con pasamanos y morenillos de plata fina; en pos de ellos 16 oficiales de caballerizas, como furrieles, guadarneses, maestros de los pajes y otros, todos descubiertos y vestidos de negro, con sus cadenas de oro.

Luego los pajes del rey á pie, con sus libreas ordinarias de negro; entraron luego 26 caballos del rey, con sus aderezos y jaeces de gineta, cuales se pueda imaginar, y por cima sus terlices, que son cubiertas grandes, como gualdrapas sobre las sillas, que los toman todos hasta el suelo, del mismo pelo carmesí con su bordadura alrededor de oro, y en medio, en lugar de armas, una cifra del nombre de *Philipus tertius*, de oro, y ramos de lacería, que lo tomaban todo, y encima corona de plata maciza, con lo que quedaban brillantísimos.

Llevábanlos 26 lacayos de calzas y ropillas de nácar con randas de oro, todo golpeado sobre telilla de plata, cintos azules con puntas de oro, zapatos de velludo blanco, forros de la misma color á más de la telilla.

Seguíanse los caballos de los príncipes á la

derecha, venían delante cuatro lacayos de negro y plata, forros y mangas de telilla con dos adargas con barras plateadas en campo negro; luego sus doce pajes á pie, de su librea.

Entraron luego cuatro caballos del Príncipe menor con los terlices de velludo negro con puntas redondas ú ondeadas por bajo, todos bordados de canutillo de plata riquísimamente; los otros ocho hasta el número de 12 no pudieron acabar á tiempo para que pudiesen entrar. En pos de ellos venían 12 caballos del príncipe Victor Amadeo, del mismo velludo negro y la orla de plata de canutillo y escarchada, y el cuerpo de los terlices sembrados de estrellas de plata, con lo que parecían mejor que todos, con ser del mismo costo; llevaban los ocho lacayos de la misma librea que los cuatro primeros.

Entraron además seis caballos enjaezados con adargas blancas y barras de oro, que llevaban lacayos del rey, y por ser tarde no entraron los demás.

PINHEIRO DA VEIGA

Trad. de

NARCISO ALONSO CORTÉS



TRADICIONES DE VALLADOLID

(Continuación) ⁽¹⁾

Andando el tiempo, sucedió lo que era de esperar y ansiaban las vecinas con diabólica idea. María se fué acostumbrando á los inocentes paseos del joven, á tomar el agua bendita á la terminación del divino oficio, á su compañía desde la iglesia hasta el dintel de su casa; ya no mudaba las horas de la misa; tampoco alteraba y recorría las iglesias; no cerraba herméticamente las ventanas de su cuarto, sino que, por el contrario, oculta su linda cabeza tras los pliegues de las cortinillas de sus cristales, contemplaba con simpatía aquella figura que llegó á interesar su alma virgen de todo amor que no fuera el filial y el que sentía por su protectora la Señora de los cielos. Con la puntualidad del que espera algo agradable iba á la misma iglesia y misa todos los días, gustaba de la compañía del joven, y si al principio miraba por los diáfanos cristales de la ventana por curiosidad, natural en la mujer, después miraba por necesidad del alma, por impulsos del corazón, por inspiraciones del instinto.

Alma joven y tierna que había perdido las dulces caricias de los padres, cuando precisamente empezaba á notar los goces y placeres de la familia, cuando la edad siente las primeras palpitaciones del amor, sola, sin una amistad á quien interesar en sus secretos, en quien consultar sus dudas y en quien depositar sus ilusiones, á no ser la única compañera á quien la habían recomendado sus padres en sus postrimeros días, no tenía más remedio que seguir los impulsos de su corazón, expansivo, franco y sincero. Amaba, sí, como se ama en la edad de la juventud, cifrando en la ilusión todos los placeres de la vida, so-

ñando hermosísimos sueños nunca imaginables, dando el alma entera en una frase sacramental, indescriptible, inexplicable, incomprensible á no sentirla, á no escucharla, cerca, muy cerca; amaba no sólo porque el joven en quien su imaginación se había parado á contemplar, fuera un buen mozo y tuviera un continente airoso, y su gracia en el andar hiciera á las gentes volver la cabeza hacia su paso, no sólo porque su rostro fuera simpático y su mirada ardorosa y brillante fascinara al medir su intensidad, amaba porque se habían comprendido dos almas, porque habían leído en sus recónditos pliegues la necesidad de poseer una amistad firme y duradera, inquebrantable y franca en donde depositar las alegrías del corazón, las satisfacciones del sentimiento, las penas y tristes recuerdos de lo pasado y las hermosas ilusiones del porvenir.

María amaba y amaba con todo su espíritu, porque su alma siempre predispuesta al bien no sabía fingir mentiras que rechazaba su justo y recto sentido, amaba porque una voz interior y superior á ella, quizá inspirada en la misma Virgen en quien adoraba, se lo mandaba, amaba porque esa fué su ley: Dios que la había arrebatado el cariño sacrosanto de los padres, la consolaba en algo enviándole una alma parecida á la suya, que sintiera iguales impulsos, que se guiara por sus mismos instintos, que se dirigiera por idénticas fuerzas interiores. ¿Supo Enrique premiar el amor de María? ¿piensa siempre el hombre de la misma manera? ¿Aprovecha las debilidades para convertirse en el animal más egoísta é interesado de la Creación? Sigamos en estos acontecimientos y deduzcamos después las consecuencias que nos dicte la razón ó el modo de pensar.

(1) Véanse los números 136 y 137.

III

Hacía mucho tiempo que María y Enrique se amaban entrañablemente. Era Enrique el primer novio que había tenido María, el primer hombre que hizo latir su corazón con más celeridad que la que marca el estado normal del espíritu: era María para Enrique la mujer que había soñado en sus más venturosos sueños, la mujer pintada por su sobre-excitada fantasía en las visiones más hermosas de su ardorosa imaginación, la encarnación de la idea que había concebido su pensamiento.

María y Enrique permanecían largas horas uno enfrente de otro sin que sus labios acertaran á expresar palabra alguna; pero eso no importaba, porque en cambio sus ojos traducían y transportaban alternativamente del uno al otro sér todos aquellos pensamientos para los que la palabra era incapaz. Sí, no hacía falta mover los labios, que la mirada, mucho más elocuente y fascinadora que las dulces frases depositadas en el oído, servía para comunicarse mutuamente la impresión recíproca que sentían los enamorados jóvenes. Ni el diáfano y sutil aire de la atmósfera, criado fiel de los enamorados que lo mismo lleva en sus pequeñas moléculas frases de cariño, que tiernos suspiros, pretendía perturbar con sus ligerísimas ondulaciones la contemplación y éxtasis de la enamorada pareja que sentía ensancharse el mundo alrededor suyo y veía no muy lejos de sí un porvenir claro y transparente como el cielo azul y despejado de un día de primavera.

¡Con cuánta ansia esperaba María todas las noches la visita de su amante! ¡qué largas se hacían las horas si á su lado no estaba Enrique! Antes, mucho antes de que él pudiera llegar, apoyaba su cabeza en la mano como para sujetar las ideas que pretendían salir de su cerebro, y dejaba vagar su acalorada imaginación por el vacío inmenso que ante sí tenía.

Todas las estrellas le eran conocidas y en más de una ocasión se llegó á preguntar:

—¿Amarán ahí como amo yo?—Mientras se impacientaba con la tardanza de Enrique, creía ver en la estrella que más brillaba en el éter la

sombra de su madre que parecía velar su vida. Si algún ruido se dejaba sentir á lo largo de la calle reconcentraba sus sentidos para reconocer á la mayor distancia la figura de Enrique, y á medida que las sombras iban desvaneciéndose, y á la vez que la distancia se acortaba insensiblemente, su pecho latía con más violencia y sus ojos no se separaban ni un instante del cuerpo que parecía salir de las tinieblas, queriendo adivinar las nuevas que la trajera, ansiosos de preguntarle y deseosos de obtener respuesta. Aquellos ligerísimos momentos, tan cortos que el tiempo no tenía medida, eran para María preciosos, y á fuerza de pensar, se quedaba inactiva, estática, sobre la ventana hasta que bajo su reja pasaba anhelante Enrique, y entonces oleadas de rojo carmín manifestaban su rubor, y muy quedito como para despertarse del letárgico sueño, murmuraba con inefable gozo:—Gracias á Dios, que estás aquí,— y como movida por un mecanismo oculto, erguíase noble y majestuosa, y salía á recibir á su novio en quien veía una sonrisa cariñosa y un placer sin límites al cruzarse en el aire las miradas impregnadas de fuego que ambos despedían.

Por otra parte, solícito y amante mostrábase Enrique con todo lo que se relacionara con María; disponía las horas del día y de la noche de la manera más conveniente entre sus ocupaciones, para volar, en las de libertad y expansión, al lado de su novia que le esperaba inquieta é impaciente. De ver era la prisa que le llevaba á casa de María; bebía los vientos, como suele decirse, por aventajar un segundo, porque este intervalo de tiempo insignificante é infinitamente pequeño, equivalía, para él, á un siglo de felicidad. Más de una noche tuvo que sufrir las impertinencias de los duelistas que, con sus relucientes aceros, querían atajarle el paso; pero les venció siempre gracias á su perspicacia y buen tacto, pues si eran muchos, les burlaba á las mil maravillas y desaparecía de entre ellos como una sombra que se remontase al espacio infinito, y si eran pocos su robusto y ágil brazo conseguía ponerlos en vergonzosa y precipitada fuga.

Al resonar en la calle las continuadas pisadas del caballero, las viejas reunidas en amigable consorcio alrededor de la chisporreante fogata

cambiaban un gesto de inteligencia que equivalía á una sonrisa maligna ¡que tantas cosas quería decir!... y aproximaban las arrugadas manos á las doradas llamas como si con el calor sintieran rejuvenecérselas la sangre; y las que se habían entregado al reposo se arrebujaban mejor en sus ropas, como si la valentía y buen temple de Enrique llenáralas de pavor.

Pero para Enrique era todo esto lo que menos le importaba; constantemente llevaba en su imaginación el retrato de María, y ésta le absorbía en todos los casos la atención entera para ocuparse de nimiedades y puerilidades de viejas. ¿Qué podrían decir que no lo supieran todas las gentes del pueblo? Le importaba poco el *qué dirán*. Él creía cumplir con un deber de confianza entrando todas las noches en casa de su novia, y ésta le abría de par en par las puertas, como si un Angel la llevara la gloria y el bien que Dios prometió á los buenos.

IV

Ya han pasado bastantes meses y las cosas no continúan como antes estaban. La límpida mirada de María estaba impregnada de melancólica y profunda tristeza; su entrecejo arrugado por la pertinaz permanencia de un horrible presentimiento, le daba un aspecto de dolor y pena comparable sólo al de una Virgen transida de amargura; sus frescos colores de otro tiempo, fueron sustituidos por una palidez mate; sus ojos estaban rodeados de un círculo violáceo ocasionado por el insomnio y la fatiga del espíritu. ¿A qué era debida tal transformación? ¿por qué padecía la pobre María tan acerbamente? ¿qué abatía su ánimo? ¿qué quebrantaba su salud? Ah ¡inestabilidad del ser humano! Enrique no era el mismo que antes, no acudía todas las noches á ver á su amada; á lo mejor, y sin causa que lo justificase, se pasaban largas semanas sin ver el objeto que había sido su adoración: las visitas eran menos frecuentes y más cortas que antes, como si la presencia de María, que tanto le llenaba de felicidad antes, le hastiara después.

Ya no tenía palabras de dulzura y consuelo

para la pobre huérfana, se le había agotado el infinito caudal del sentimiento!

Las abundantes lágrimas que brotaron de los ojos de María sólo eran enjugadas por las atenciones y cuidados de la fiel Brígida que procuraba aliviar las terribles torturas de su joven ama.

María se cansaba inutilmente de esperar en las noches la venida de Enrique, y cuando quería buscar el reposo entre las blancas ropas del lecho, su espíritu no acertaba más que á pedir amparo á la Santísima Virgen, á quien fervorosamente demandaba protección en sus desgraciados sucesos.

En una noche fría y oscura como el desengaño, en que la densa niebla abrumaba con su velo á la ciudad de Valladolid, estaba María, como siempre, dando vueltas en su cerebro á una idea que parecía brotar de las tinieblas. La contracción nerviosa de los músculos de su cara parecieron indicar la enérgica resolución que la inspiraba; pero era preciso aguardar hasta lo último, aún quería que sus ruegos y súplicas ablandaran el corazón de Enrique. En aquella noche, que nunca pudo María borrar de su memoria, llegó Enrique, se sentó y cambiando muy pocas palabras de cortesía se abandonó á sus pensamientos, que quién sabe á donde le llevarían! No se miraban con la ternura que otras veces; al chocarse las miradas en el viento sutil y ligero, no hacían brotar un chispazo de amor, sino de vergüenza que á ambos hacía inclinar la cabeza al suelo.

Al fin rompió el silencio Enrique como temeroso de interrumpir el giro que María diera á sus ideas y preguntó no sin cierta afectación:

—¿Estás enferma? veo que la alegría no brilla en tus ojos y temo por tu salud.

—No te alarmes, Enrique, no siento nada; no padezco más que por tus abandonos y tu desdén; tus maneras frías y secas me hielan, me paralizan la sangre, y veo que mis augurios, los funestos presagios de mi corazón no me engañan. Enrique, no me amas; huyes de mí, te violentas al entrar en mi casa, y si algo aquí te trae, ese algo no soy yo, ese algo está sepultado en mi seno.

—No pienses nunca mal María; tu amor te hace ver las cosas de distinta manera que son en la realidad. Yo te amo, seguiré siempre amándote...

—Entonces ese amor ¿por qué no le santifica el sacerdote al pie del altar? Yo me muero de vergüenza y dolor, no salgo de casa porque temo que las gentes me señalen con el dedo al ver mi culpa; muchas veces oigo á mi madre que me dice al oído palabras que no entiendo y sepulto las sienes entre las manos para no ver la fantástica visión que á todos los lados me sigue; veo á mi padre con los ojos desencajados de sus órbitas por la desesperación, que levanta sobre mi cabeza un mortífero puñal...

—Vaya, ilusiones, no más que ilusiones, hijas de tu sobreexcitación nerviosa.

—No, realidades y bien realidades; si comprendieras mi pena no tardarías en reconocer tu orgullo y me harías tu esposa.

—Si esto, por ahora, no puede ser! deja que pase el tiempo, que todo lo reforma y modifica, y entonces, quién sabe! si llegaremos á tener esa dicha de llamarnos esposos.

—Y mientras tanto—contestó María sobreponiéndose, y dando desahogo á su exaltación—he de afrontar las burlas del pueblo que verá en mí una hija maldita de sus padres? No pienses tal cosa, Enrique; he sido una mujer débil que se arrojó un tus brazos buscando ternura y cariño; fuí una niña que creyó en tu amor como podría escuchar los consejos de mis padres; si sigues en tu obcecación, si no resuelves este conflicto conforme me juraste un día ante la inmaculada Madre de Dios, yo sabrá hacer lo que deba; he aprendido mucho en mis sufrimientos, ya soy una mujer.

—Es decir que me arrojas de tu casa ¿No es eso?

—Todo lo contrario, quiero que des un apellido á tu hijo, no quiero que los hombres le llamen el fruto de una ciega pasión.

—Pues bien, te repito que no puede ser ahora. Júzgame como quieras, pero no puedo acceder á tus súplicas, ni á tus ruegos.

—¿Ni mis lágrimas te conmueven? no me ves arrodillada á tus plantas esperando de ti la dicha y la felicidad? Te amaré siempre, como ahora, como antes, pero no quieras que mi deshonra me haga perder el juicio. Piénsalo bien, Enrique; inspírate en la justicia de tu corazón.

Enrique no podía soportar aquella escena; los remordimientos y la compasión iban á hacer que las lágrimas de dolor de aquella mujer postrada á sus pies se convirtieran en lágrimas de agradecimiento y de júbilo; sentía enternecerse las cuerdas más delicadas del sentimiento, y para no continuar entre la duda y la incertidumbre dejó á María en brazos de profundo sopor y huyó de aquella casa como alma que lleva el demonio con la veloz ligereza de sus robustas piernas.

Al fin la sonrisa burlona de las viejas de la vecindad tenía su explicación!

V

Aquella noche fué la última que lloró María. Su resolución era firme é inmediata. Fuerzas no le faltaban para llegar hasta la cúspide de su pensamiento. No volvió á ver á Enrique; mejor, la daría más tiempo para meditar su triunfante plan. Pasaban las semanas y todo parecía demostrar que había sido sepultado entre el abismo insondable del infierno.

María abrigaba la mayor confianza en su idea. Daba un día un paso, pero retrocedía de la enormidad de su valor. No ya á la reina de los altares demandaba socorro, en el mundo vivía y en los hombres quiso buscar justicia para su causa. ¿Lo consiguió, por fin?

A los tribunales de justicia llevó su demanda, pero nada podían hacer en su obsequio pues la falta de pruebas legales no daba lugar á sentencia. No son para descritos los tormentos de la pobre María; veía ya su causa perdida, veía su deshonra correr de boca en boca por todas las calles de la ciudad; su apellido, el noble apellido que heredaría incólume de sus padres, serviría de escarnio y mofa; el mundo ya había terminado para ella; pero apurando aún más todos los medios, no se dió por vencida en su indómito orgullo, y consiguió alcanzar del tribunal la última prueba, la prueba decisiva que para ella habría de ser de vida ó muerte.

Accediendo á sus solicitudes trasladóse el juez con los escribanos y alguaciles debidos, con Enrique y la atribulada María á la capilla de la

Virgen de la Cabeza, donde postrados de hinojos oraron con la mayor devoción y pidieron luz en trance tan misterioso.

No podía ser más sublime el aspecto grave de la capilla. Al pie del altar los antiguos novios, en lucha con su conciencia, y los hombres de justicia; detrás las personas interesadas en la cuestión, y por fuera de la verja, el ansioso pueblo ávido siempre de lo maravilloso y lo raro.

Las miradas de éste no se separaban ni un instante de la interesante pareja, que sentía con indiferencia los murmullos que á sus oídos llegaban desde fuera.

Hubo un momento de verdadera ansiedad en la capilla: María se dispuso á hablar, los escribanos aprestaron los útiles de escribir, para certificar y dar fe de lo que vieran ú oyeran, la multitud hasta reprimió su respiración para no interrumpir la sublime escena.

Al fin se irguió María de una vez y con acento embargado por la emoción se dirigió á Enrique que atónito la miraba, y le preguntó:

—¿Es verdad que en este mismo sitio, ante esta Virgen Purísima, juraste ser mi esposo?

Un *no* seco, sonoro, como salido de lo más escondido del alma, siguió á aquella sencilla pregunta, un *no* que balbucearon los labios de Enrique, un *no* que hizo afluir á la cabeza de María toda la sangre que corría por sus venas, un *no* que dejó estupefacto al pueblo testigo de aquella no soñada ceremonia.

No arredra aún á María, tan vergonzosa humillación; todavía tiene confianza en su causa y mira á la Virgen del altar que tiene delante con suplicantes ojos, y ve animarse los de la efigie, y la da alientos su protectora mirada. Reanímase súbitamente la pobre huérfana y ya no busca nada en la tierra, dirígese con su angelical amor, con una sonrisa llena de dulzura á la imagen, y la pregunta señalando á su amante:

—No es verdad, Virgen Santísima, que este hombre juró ante tu altar casarse conmigo?—Entonces la efigie bajó la cabeza para demostrar la verdad de las palabras de María á la vez que parecía oírse en las alturas una música celestial que sólo los ángeles podrían comprender.

El galán ante este milagro, ante este portentoso,

bajó sumiso la cabeza: María levantaba la suya desafiando al pueblo, y este corrió á difundir por la ciudad el extraordinario suceso que llevaba á las gentes á admirar la actitud de la Virgen.

A pesar de los años que han pasado desde entonces á la fecha, sigue *Nuestra Señora de la Cabeza* con su rostro inclinado sobre el pecho; y mientras subsista la imagen vivirá en el pueblo esta historia sencilla y candorosa.

Nada se volvió á saber de los novios después que se casaron, pero la opinión general afirma que vivieron felices y contentos.

VI

Hemos dicho al principio de esta tradición que á la *Virgen de la Cabeza* que se venera en la iglesia parroquial de *San Lorenzo* se la conoce también por la del *Pozo*, y aunque opinan algunos que este dictado le debe, sin otra razón fundada, á hallarse en la entrada de la capilla el pozo del servicio de la iglesia, dicese que un niño se cayó en el pozo y la madre acongojada rogó á la Santa imagen porque su hijo saliera salvo; tales fueron sus súplicas que la Virgen la oyó y para consolar á la devota madre empezaron á crecer las aguas del pozo de una manera prodigiosa hasta que el niño, flotando en su superficie, recibió las caricias de la tierna madre. Desde entonces hizo muchos milagros la piadosa Señora, y era costumbre que un sacerdote en el día de la función de la Virgen hiciera la señal de la cruz sobre el pozo con los niños enfermos, que sanaban por la intercesión de María Santísima.

De cuando tomase origen esta versión popular nada podemos decir; únicamente existe en la misma capilla un «Yndize de los niños q̄ ha sanado N^a S^a de el Pozo sita en la Paroc^l de S Lorenzo desta Ziu^d, los que se anotan por sus nombres y apell^s, Lugares, con sus Pa^{es}, los q̄ han participado y dado cuenta de el veneficio Y milagros q̄ N^a S^a aecho en los años que se nominará con toda distincion», índice que empieza el año de 1752 y termina en 1757, y aunque son numerosos los nombres de los niños salvados de la muerte no debe estar completa la lista, pues la

tabla conservada parece ser el fragmento central del catálogo general, en cuyo caso, como es fácil discurrir, esta creencia debe haber tomado origen mucho antes de 1752.

Virgen sacrosanta que no contenta con tener con su nombre de *Virgen de la cabeza* una tradición preciosa, quiere perpetuar sus mercedes y glorias con el de *Virgen del Pozo*! Si alguna vez paciente lector, visitas á esta imagen en las horas del crepúsculo, cuando la noche empieza á extender sus tinieblas y la candelaria que alumbra tímidamente la capilla forja con sus oscilaciones quiméricas sombras, recuerda los nombres de María y Enrique y verás cómo se te representan los hechos todos de esta tradición popular, una de las más socorridas del pueblo vallisoletano.

VII

Esa circunstancia de tener una efigie algo de anormal en su representación corriente y sencilla, en verdad, que se presta á que la imaginación del vulgo quede más fuertemente impresionada y dé origen á quimeras y fantasías; por eso han nacido muchas tradiciones, algunas de ellas base para versos magníficos, como la fundada en el Cristo de la Vega, de Toledo, Crucifijo que tiene la mano derecha desclavada y caído el brazo.

La primera de las versiones que apunto en esta tradición, la que da nombre á la *Virgen de la Cabeza*, es muy corriente en la leyenda popular española, y dió lugar nada menos que á tres versiones el detalle que he citado, del Cristo de la Vega, venerado en una ermita edificada sobre las ruinas de la basílica de Santa Leocadia de la imperial ciudad.

Las tres versiones que la tradición ha señalado en la actitud expresada del Crucifijo, son las siguientes: Es una de ellas, que un cristiano presió á un judío—cosa muy rara por cierto, pues lo lógico hubiera sido lo contrario,—una cantidad de cierta importancia, que al reclamársela aquél al hebreo éste se la negó, prevalecido de que nadie había presenciado la entrega del dinero; el cristiano, que no se acomodaba tan fácilmente á perder lo suyo, apeló al testimonio de Dios para probar que lo que demandaba era cierto, y en

efecto, testigo de tan excelsa calidad, por mediación de la estatua, comprobó la verdad del cristiano, desclavando la mano derecha de la cruz, descendiendo el brazo y dejándole caído; como le conserva la estatua en confirmación del aserto. Otra versión dice, que dos caballeros riñeron en duelo, junto á las tapias de la ermita, y que cayó en tierra por accidente impensado el que infundadamente provocara el lance; el otro, lejos de aprovecharse de semejante ventaja, levantóse del suelo y le perdonó la vida, entrando entonces los dos desafiados en la ermita á postrarse ante la imagen de Jesús crucificado, que bajó el brazo en razón de aprobar la noble acción del caballero. La última versión es la más galana y la que dió lugar á la hermosa y conocidísima tradición *A buen juez mejor testigo* del vate español don José Zorrilla; ésta es conforme en todo á la de la *Virgen de la Cabeza* en San Lorenzo de Valladolid.

Quizá por no repetir el asunto el vallisoletano poeta, al publicar en *El Liberal* de hace más de una veintena de años artículos referentes á distintas provincias de España, tomó el asunto á Valladolid relacionado de la tradición de la *Virgen del Pozo* y la tituló *El Sacristán Juan del Pozo*; en ella se ve á Juan, celoso de Lucía, su mujer, y se cuenta que un día de Noche Buena, al celebrarse la misa de media noche, se cayó el hijo de ambos en el pozo que había frente á la imagen de una Virgen colocada en un nicho de la corralada adyacente á la casa del sacristán y á la iglesia; y por la intercesión de la Señora, á quien recurrió la madre, salió el niño como dice la tradición, para ser recogido en los brazos de Lucía. El prodigio hizo á ésta recobrar vivo á su hijo y que volviera el amor de su marido.

Esta tradición de Zorrilla, publicada por primera vez en el citado popular diario, en el número correspondiente al 15 de Enero de 1892, no tiene la fuerza poética acostumbrada, ni la galanura proverbial del poeta: era un trabajillo pagado por pura protección al insigne vate, y éste salió del paso muy sencillamente y sin pretensión de ningún género. Cosa sin consecuencia, como decía un escritor que conocía los apuros del poeta en sus últimos años.

El Cristo de la Cepa.

I

Nos extrañaba que Valladolid no contara su tradición basada en algún hecho ó suceso en que los judíos tuvieran una participación muy inmediata, y nos extrañaba porque ciudad, entonces villa (1), que en el reinado de Juan II tenía una importancia moral y material de que pocas ciudades se podían enorgullecer, reunía una judería numerosísima y en ella estuvieron establecidos hebreos que discreparon muy mucho de sus hermanos de religión, no tan sólo por aquellas miras especulativas y groseras que rodeaban todos los actos, aun los más insignificantes del pueblo hebreo, como por el talento y conocimientos que llegaron á poseer, los cuales hicieron se les mirara á veces con alguna indulgencia.

Nos extrañaba que Valladolid no tuviera alguna leyenda en la que se mezclaran los furibundos odios de los judíos y cristianos, porque todas las ciudades españolas de la Edad Media vieron sus calles teñidas con la sangre hebrea derramada en un momento de alucinación y obcecación por el pueblo que se recogía en hermosas catedrales para ofrecer á Dios la victoria conseguida á costa de la obstinación de la raza judaica; porque en muchas ciudades se vió al padre de la casta doncella hebrea clavar un acerado puñal en el noble pecho del amante de su hija sólo por la razón de que era cristiano; porque tampoco se dejó de ver á algunos judíos que, turbando el silencio de escondida capilla, abofetearon y escarnecieron á Cristo y á la Virgen que daban título á la ermita... y todos estos hechos les pintó el pueblo exagerándolos y revistiéndolos de un sabor especial que no se olvidan tan fácilmente al que les haya

(1) Valladolid debe el título de ciudad á su hijo Felipe II por real provisión expedida en Madrid á 9 de Enero de 1596. (Véase mi libro *Los Privilegios de Valladolid*, página 248).

oído de boca de un respetable anciano en cuyas actitudes se adivina un convencimiento tan arraigado que seduce y encanta.

Todas las juderías guardaban en sus recintos recuerdos sagrados escritos con sangre que el pueblo se encargó de describir y contar á sus anchas en sus ratos de ocio ó de expansión, y no habrá sido seguramente Valladolid una de las poblaciones en que los judíos no hayan tenido que encerrarse en sus apartados barrios para librarse de las furias del hombre, mucho más terribles que las del tiempo que desmoronan insensiblemente las costumbres y las tradiciones lo mismo que los agentes atmosféricos van reduciendo á polvo las piedras de los edificios.

Valladolid habrá presenciado matanzas horripilantes de indefensos judíos que morían con el cofre del dinero debajo del brazo; Valladolid habrá regado sus calles con sangre hebrea, pero si esto ha sucedido se lo callan los historiadores de nuestra egregia ciudad y pasan por alto estos sucesos que no dan honor y gloria. Verdad es que nuestros historiadores locales no se han mostrado muy diligentes sobre este particular, y choca este silencio nada relacionado con las descripciones de fiestas y saraos, en los que tuvieron la paciencia de contar el número de platos que se sirvieron.

Nosotros no hemos podido encontrar datos nuevos; y si recogemos esta tradición de *el Cristo de la Cepa* es porque en nuestra iglesia Catedral se venera una efigie de tal nombre, ya que haya venido de otros lugares, y porque nos sirve á la vez para recopilar datos sobre la judería de Valladolid, que si nos separan algún tanto de nuestro objeto, podrán dispensarse en gracia á un pueblo que tantas burlas é insultos tuvo que sufrir del cristiano de la Edad Media.

JUAN AGAPITO y REVILLA

CATALOGO DE PERIÓDICOS VALLISOLETANOS

(Continuación) ⁽¹⁾

Boletín Oficial de la Provincia de Valladolid.

El primer número, con arreglo á la R. O. de 20 de Abril de 1833, apareció en 16 de Julio del mismo año. Cuatro ó dos hojas 170 × 110. mm.—Imprenta de Aparicio.

Del núm. 2 (20 Julio).

«La joven velluda que tanto había llamado la atención en varios puntos de España, acaba de fallecer en esta capital el día 15 del corriente. Esta joven, desgraciada por lo mismo que hacía su celebridad, era seguramente un fenómeno. Cubierta casi totalmente de un vello, generalmente negro, y en partes tirante ya á ceniciento, ya á rojo, espeso, y de media, una, y hasta algo más de una pulgada de largo, no tenía nada de horrorosa ni de deforme; antes al contrario tenían cierta gracia las sortijas de sus dedos y de su frente. Su genio y sus maneras eran las del sexo. Hacía cuatro años que se había apoderado de ella un extraordinario abatimiento, efecto sin duda de que la atormentaba su distintivo. Sus ímpetus y sus miradas tenían menos de varoniles que de lánguidas. Su inteligencia se presentaba poco desarrollada; pero era tal vez efecto de que la singularidad lastimosa de su piel, presentando bastante cebo para una especulación, había hecho de ella una mercancía. Nació en Arcos de la Frontera, en el Reino de Sevilla, y tenía ahora 21 años».

Del núm. 16 (7 Septiembre 1833).

«*Ibáñez*, Peluquero de Madrid, que vive en esta ciudad, calle del Cañuelo, número 10, al lado de la confitería, acaba de recibir un gran surtido

de perfumería, y entre ella la grasa de oso, el tuétano de vaca y el aceite de Macasar para hacer crecer y hermohear los cabellos, traído del mejor destilador de París, Laugnier padre é hijo; advirtiendo que todo se dará con la mayor equidad. El mismo tiene un gran surtido de resortes metálicos para bisoñés y pelucas metálicas, que le han llegado de la fábrica de Viollier y compañía, calle de San Martín, número 76, en París, pues son de los más ligeros que se han conocido hasta ahora para el efecto».

Del núm. 30 (22 Octubre 1833).

«La Real Universidad Literaria de esta ciudad verificó la apertura de sus estudios el 18 del corriente á las diez de su mañana con las solemnidades de costumbre y con una oración latina que pronunció el Dr. D. Lorenzo Arrazola, Moderante de Oratoria de la misma, *sobre la importancia y necesidad del ejemplo de los Maestros para los progresos de la enseñanza*. La concurrencia fué numerosa, lo que indica el interés general con que se mira, y lo fausto que es para Valladolid un acto de esta naturaleza. Los escolares siguen presentándose en número considerable».

Del núm. 40 (26 Noviembre 1833).

«PROCLAMACIÓN.—Cumpliendo este ilustre Ayuntamiento con lo mandado por S. M. la Reina Gobernadora, realizó la proclamación de la Reina nuestra Señora Doña Isabel II el Domingo 24 del corriente. La función se verificó con toda la solemnidad y juicioso entusiasmo de que es capaz esta ilustrada y sensata población: no hubo el más pequeño incidente que turbase el orden público. El primer acto de proclamación

(1) Véanse los números 136 y 137.

se verificó en medio de la Plaza mayor, frente á las Casas Consistoriales, sobre un vistoso tablado preparado al efecto; habiéndose antes descubierto al público un hermoso retrato de la Reina nuestra Señora, que pendía en el balcón central del Ayuntamiento, donde permaneció hasta las once de la noche, dando la guardia de honor, el Real Cuerpo de Artillería. Levantó el Pendón Real el Señor Don Cesáreo de Gardoqui, Regidor perpetuo de esta ciudad, con la fórmula acostumbrada de *Castilla, Castilla, Castilla, por la Señora Reina Doña Isabel II*, á cuyo acto y al de descubrir el retrato de la Reina nuestra Señora, correspondió la concurrencia con repetidos vivas. En seguida, y llevando la derecha é izquierda con los cordones del Pendón Real el Caballero Corregidor de esta ciudad, y Excmo. Señor Marqués de San Felices, Regidor del ilustre Ayuntamiento de la misma, se dirigió la comitiva por la carrera acostumbrada, vistosamente colgada al efecto, así como el resto de la ciudad, rompiendo la marcha un piquete de Caballería del 6.º de Ligeros, siguiendo por su orden, y todos montados, la música del Escuadrón del Real Cuerpo de Artillería, tocando al mismo tiempo la de Infantería de dicha en las casas Consistoriales: dos Caballeros Regidores que ordenaban la marcha: los timbales y clarines del Ayuntamiento: los Gefes de Cuerpos y de Oficinas: Generales y Títulos de Castilla: el Ilustre Ayuntamiento precedido de sus maceros: los cuatro Reyes de Armas: los mencionados señor Gardoqui, Caballero Corregidor, y Marqués de San Felices, con el Pendón Real, y á su inmediación cuatro Volantes, á lo que seguía un numeroso concurso, siendo aun mayor el de las calles y balcones, no obstante la lluvia que se formalizó á la misma hora. Ordenada así la comitiva, se repitieron los actos de proclamación, imponiendo antes silencio los cuatro Reyes de Armas, frente á la Real Chancillería, en cuyos balcones estaba el Real Acuerdo presidido por el Excmo. Sr. Capitán General: Plazuela del Real Palacio: idem del Episcopal, donde estaba S. I. el Excmo. Sr. Obispo con el Cabildo Eclesiástico de esta Santa Iglesia: Plazuela de la Universidad, en cuyas galerías esperaba el Claustro, vestidos los doctores según costumbre de sus insignias

doctorales; y por último, frente á la Santa Iglesia Catedral, desde donde regresó la comitiva á las Casas del Ayuntamiento, quedado enarbolado el Pendón Real en el balcón principal de ellas y al lado del retrato de la Reina nuestra Señora hasta por la noche, en que hubo vistosos fuegos, músicas é iluminación general, así como en las noches del 23 y 25.

En medio de la paz y no interrumpida tranquilidad con que se concluyó la augusta ceremonia, es satisfactorio el ver los rasgos de generosidad y beneficencia con que varias corporaciones y particulares han explicado su lealtad y sentimientos, verdadero modo de solemnizar estas funciones.

El Ilustre Ayuntamiento ha ofrecido seis dotes sorteables de cien ducados para casar otras tantas doncellas huérfanas.

El Señor Don Cesáreo de Gardoqui dió á su costa ración de carne y vino á toda la tropa de la guarnición y depósitos de quintos existentes en la ciudad.

El ilustre Colegio de Abogados ha distribuído á las viudas de individuos del mismo una onza de oro á cada una.

Los Escribanos de Cámara de esta Real Chancillería doscientos reales á cada viuda pobre de los que hayan pertenecido á la corporación.

Los Procuradores y Agentes de la misma han aprontado mil reales para el mismo fin.

Los Escribanos de Provincia quinientos reales para dar una comida á los pobres de la Cárcel.

Este *Boletín*, como es consiguiente, ha sufrido modificaciones varias. Actualmente se imprime en la imprenta de la Diputación.

El Burro.

Se publicaron cinco números, de Agosto á Septiembre de 1836, en la imprenta de D. Julián Pastor. Se fundó en una tertulia á la cual asistían el Sr. Valera, académico y canónigo doctoral de Lugo, desterrado en Valladolid, D. José Alvarez Perera, D. José Francés Alaiza, D. José Casas, D. Canuto Alonso Ortega y algunos otros, todos contrarios á la situación política imperante.

Como la sátira en él empleada era bastante violenta, el impresor, temiendo algún perjuicio, demandó á los redactores, y la publicación cesó en principios de Octubre. Se anunció que reaparecería en 1.º de Noviembre con algunas reformas, como eran reducir la lámina, insertar noticias nacionales y extranjeras y el extracto de algunos decretos y sesiones de Cortes, viendo la luz dos veces por semana; pero no volvió á publicarse.

En este periódico colaboraron Zorrilla, que á la sazón era estudiante en la Universidad, y Jacinto de Salas y Quiroga.

Admitía suscripciones en la librería de Don Julián Pastor, calle del Cañuelo, y en la de Baso, calle de Orates.

El Mostrador.

Se publicó en 1842. Redactores: D. Jerónimo Morán, D. Vicente Sainz-Pardo y D. Bartolomé Basanta. Imp. de Pastor.

D. Jerónimo Morán, amigo y compañero de Zorrilla, gozó de cierto renombre como poeta y escribió una *Vida de Cervantes* muy estimada entre los literatos. D. Vicente Sainz-Pardo, poeta romántico, se suicidió en 16 de Julio de 1848. D. Bartolomé Basanta fué bibliotecario de la Universidad.

El Correo de Valladolid.

1844 y 1845.—Director, D. José Francés Alaiza.

El Eco de Castilla.

1851. Publicábase los domingos. Imp. de Pastor. Director, D. José Alvarez Perera; redactores, D. Pedro Mallaina, D. Juan Fernández Ruiz Pino, y D. Ramón y D. Eleuterio Pisa.

El Duero.

Se publicó, dice el Sr. Martínez Gómez, en 1851 ó 1852. Era defensor de los intereses de la empresa del ferrocarril del Norte y de los proyectos de D. Mariano Miguel de Reynoso, ministro de Fomento. Le redactaron D. José Francés Alaiza y el ingeniero Sr. Pino.

El Lucero.

1852. Redactores, los Sres. Gómez Díez y Elices.

El Veinticuatro.

1852. Redactado por el Sr. Navascués. Colaboró en él la poetisa doña Venancia Villabrilie.

El Veintiocho.

¿1852? Le redactó D. Blas López Morales.

El Maestro de Instrucción Primaria.

1853 á 1857. Redactores, D. Simón Anacleto Aranda y D. Toribio Caballero. Publicábase los días 1 y 15 de cada mes.

Boletín extraordinario de la Junta provisional de Gobierno de la Provincia de Valladolid.

Diario.—Dos hojas 288 x 200 mm.—Imprenta de Manjarrés y Compañía.—Su principal redactor fué el comandante de infantería D. Pedro Pardo de la Cuesta.

Primer número, Jueves 20 de Julio de 1854.
Del núm. 2 (21 de Julio):

«Tenemos el mayor placer en publicar en el Boletín la enérgica alocución que el Ilustre Ayuntamiento de esta capital dirige á sus

CONCIUDADANOS:

El ayuntamiento constitucional, en quien habéis depositado vuestra confianza, contemplaba indignado el estado de postración y marasmo á que la rapacidad y cinismo de una pandilla asquerosa había reducido el país.

En medio de la insuperable dificultad que se ofrecía á este ayuntamiento para elevar su voz y hacerse oír de quien únicamente podía remediar los enormes excesos y notorios crímenes que se cometían impunemente, devoraba en silencio la pena que el ruinoso estado de la nación y su desventurado porvenir le causaba.

La Providencia, que vela incesantemente por el triunfo de las buenas causas, no podía separar su soberana mano de la sacrosanta del pueblo

español, que gemía agobiado por los rudos ataques del más fiero despotismo disfrazado con las formas de Libertad.

El Ejército, valiente como siempre, leal como ninguno á los principios liberales que había jurado, y por cuya conservación derramara su sangre, deparó á vuestros representantes municipales la ocasión para sacaros del caos de arbitrariedad y desorden en que os hallábais sumidos.

En la noche del 15 de Julio vuestro Ayuntamiento y la guarnición de esta Capital, decidieron proclamar y restablecer la Libertad y el Orden, que hollados desde largo tiempo, se habían olvidado completamente por nuestros gobernantes. Tuvo efecto el pronunciamiento: y vosotros podéis cuánto fué el entusiasmo; cuáles la alegría y satisfacción que se observaron en todos al resonar en la Capital de Castilla la Vieja el eco poderoso del grito de guerra, lanzado desde las puertas de Madrid por los bravos Generales O'Donnell y Dulce. Vosotros podéis decir cuál fué el entusiasmo de los buenos ciudadanos al contemplar, tremolando en las Casas Consistoriales, la gloriosa enseña de la Libertad, la Bandera triunfante de la Milicia Nacional, á cuyo derredor muchas veces nos hemos colocado para defender nuestros fueros; vosotros también habéis presenciado huir apresurada la cobarde cuadrilla de hombres inmorales, que temiendo el fallo inexorable y justo de la ley y de la opinión pública, se dirigen al extranjero á gozar pacíficamente del fruto de sus crímenes; dejando al Erario exhausto, al Trono escarnecido y á la Nación entera asombrada de su cinismo y rapacidad.

Esperemos, pues, un porvenir más lisonjero; es tiempo ya de poner un dique al desenfreno de aquellos que en el delirio de su loca fantasía, califican al patriotismo de locura, á la honradez de debilidad, y al vil servilismo de justa obediencia. De hoy más no veremos esas fortunas colosales improvisadas á costa del sudor y la sangre del pueblo; de hoy más no sufriremos la dominación de las medianías, el predominio de esos hombres que salidos de la nada, sin méritos ni virtudes, han medrado especulando con su

conciencia y vendiendo las más caras afecciones del corazón humano; todo esto se deberá á nuestro esfuerzo, á la decisión con que, los primeros, y sin otro elemento que la cooperación de la guarnición siempre benemérita, nos arrojamamos al campo de una resistencia tan justa como santa, tan brava cuanto aventurada.

El Ayuntamiento, no menos que vosotros, se goza en su obra; y es tanto mayor su satisfacción, cuanto que ni la sangre ni el odio han presidido á tan importante alzamiento.

Gracias mil, honrados habitantes de esta capital: gracias mil por vuestro buen comportamiento y sensatez en momentos tan críticos. La Municipalidad espera que cualesquiera que sean los acontecimientos que se preparen, os prestaréis gustosos á sostener el orden; y bajo la enseña de Libertad y Constitución, repeleréis unidos á los enemigos del Estado, cuyas tenebrosas maquinaciones se estrellarán siempre contra vuestros fuertes pechos y firme adhesión á las instituciones liberales.

Vallisoletanos: viva la Constitución, viva la Libertad, viva la Milicia Nacional.

Valladolid, Julio 18 de 1854.—José María Cano, *Alcalde primero*.—Román García, *Alcalde segundo*.—José Hernando, *Alcalde tercero*.—José del Olmo, *Alcalde cuarto*.—Juan Alvarez Morán.—José González Tascón.—Faustino Diaz Barba.—Juan Sigler.—Vidal Arroyo.—Angel Santibáñez.—Juan de Losada.—Cayetano Sánchez Andrés.—Esteban Aguasal.—Dámaso Santarén.—Leoncio Fraile.—Adrián Micieces.—José Lezcano y Roldán.—Alejandro Ulloa, *Regidores*.—Eustaquio Gante, *Procurador primero del Común*.—Pedro Caballero, *Secretario*.

Es de advertir que Valladolid fué la primera ciudad sublevada en Julio de 1854, por lo cual se le concedió el título de *Heroica*, y á su municipio el de *Excelencia*.

El Quince de Julio.

1854. Dirigido, como el anterior, por D. Pedro Pardo de la Cuesta, y defensor de la situación creada á consecuencia de aquellos sucesos.

El Castellano Homeopático.

Se publicó en 1855.

El Consultor.

1855. Director, D. Marcelo Martínez Alcubilla, el autor del famoso *Diccionario legislativo*. Alcubilla era natural de Aranda de Duero (Burgos), y cursó sus estudios en Valladolid.

La Revista Artística.

Publicóse de 15 de Septiembre de 1855 á fin de Diciembre del mismo año. Director, D. Marcial de la Cámara.

Fué este señor profesor de Arquitectura, agricultor muy entendido y autor de un *Tratado teórico-práctico de agrimensura y arquitectura legal*, de una *Agenda del Constructor* y de un *Manual de contratos de servicios públicos*.

El Avisador, Periódico de intereses locales de Valladolid y su provincia.

Dos hojas 355 × 247 mm. á cuatro columnas.—Imprenta de Manjarrés y Compañía. Publicábase miércoles, viernes y domingos.—Redactores, D. Mariano Pérez Minguez y D. Pascual Pastor.

Apareció en 1855.

Del núm. 212 (16 Mayo 1856).

«*Bien pensado*. Parece que muy luego harán desaparecer el sucio y asqueroso callejón titulado de la Sierpe. Si es cierto, no podemos menos de aplaudir tan útil como esencial medida.

¿No sería conveniente condenar los inmundos callejones sin salida, que existen en la elegante Acera de San Francisco y calle de la Pasión? Creemos que sí, y por lo mismo llamamos la atención de quien corresponda» (1).

«*Mozos de cordel*. Ya tenemos tres buenos y robustos que están deseando complacer al que les mande. Por algo se empieza, y muy en breve los veremos multiplicarse, pues Valladolid despierta del letargo en que yacía y todo lo que

oportunamente hemos iniciado conseguiremos que como esto venga á ser una realidad.»

«En Valladolid se observa hoy que pululan más pordioseros por las calles que jornaleros en las obras del ferrocarril. Sin duda la vida de los primeros debe ser mejor y más cómoda que la de los segundos. Traslado á quien corresponda.»

Del núm. 235 (11 Julio 1856).

«Nunca lamentaremos bastantemente los tris-tísimos resultados y funestísimas consecuencias que los desórdenes y criminales excesos de los anteriores días, han impreso en el orden y actividad material que en esta capital y provincia comenzaban de algún tiempo á esta parte á levantar á Castilla del marasmo y postración en que se arrastraba lánguidamente.

Es tal y tan grande la sensación que en las transacciones mercantiles é industriales se advierte; tan grave y profundísima la herida que los malvados han hecho en el cuerpo social, tan inmenso el daño causado, que Castilla ha retrogradado más de 20 años en su existencia é importancia moral y material.

Los execrables crímenes perpetrados en su suelo siempre leal y honrado, modelo de sensatez y cordura, han dejado en pos de sí un sangriento y espantable rastro que será difícil borrar en mucho tiempo. Paralizada la industria, en suspenso las transacciones mercantiles, retrahidos los capitales, aplazadas quizá indefinidamente mil grandiosas obras de construcción, rotas y obstruidas las fuentes de la prosperidad castellana, sólo el tiempo y la benéfica protección del Gobierno de S. M. y de las autoridades podrán cicatrizar la hondísima llaga abierta en el corazón de todos los hombres honrados por las feroces hordas que han manchado el hasta ahora limpio blasón de Castilla.

Si hay responsabilidad de parte de algunos, ya por autores principales de los crímenes que han indignado á todos, ya por falta de energía en otros para reprimirlos oportunamente, y esa responsabilidad aparece, y llega el día del castigo, y los responsables tienen corazón para sentir y conciencia en que puedan dar cabida á los remordimientos... terrible debe ser ese día de

(1) Estos últimos callejones subsisten en 1914.

expiación; horrendos los dolores con que habrá de martirizarles su conciencia acusadora.

Entre tanto, las miserables clases proletarias de cuyo seno han salido los que quizá no son sino ciegos instrumentos de otros más que ellos criminales, tienen que sufrir más directa é indirectamente que nadie los tristes resultados del actual estado de cosas, y mirar cruzados de brazos, paralizadas las numerosas obras de construcción que ellos levantaban y en que tenían asegurado su trabajo bien retribuido, y garantizada por tanto su propia subsistencia y la de sus familias. ¡Lección tristísima pero elocuente, y que no deben olvidar nuestros proletarios, para no verse envueltos otro día en las infernales maquinaciones que desde lugar seguro forjan tres ó cuatro hombres perversos y encomiendan su ejecución á otros más ignorantes, sencillos y honrados, y que son los únicos sobre cuyas cabezas cae en su día la inflexible y tremenda cuchilla de la ley.»

Se refiere este artículo á los sucesos del 22 de Junio de 1856, en que el gentío incendió el cuartel de la Milicia Nacional, las casas de don Félix de Aldea, alférez de la misma, y varias fábricas, saqueando los domicilios de D. Lorenzo Semprún y D. José María Iztueta.

Sobre estos sucesos se publicó el siguiente folleto:

«Reseña de los sucesos ocurridos en Valladolid el 22 de Junio de 1856, y de la conducta observada por las autoridades civil y militar, por D. S. C.—Madrid, 1868.»

Del núm. 241, 25 de Julio, en una parodia de *El Pirata*, de Espronceda, que empieza:

«Con tres arrobas por banda,—en alas de fresca brisa,—las calles, ligero, pisa,—un terrestre serafín,—ostentando con orgullo—un miriñaque atrevido—por su bulto conocido—del uno al otro confín.—La luna el cielo ilumina,—en la tela gime el viento—la armazón moviendo lento—de alambres, ballena y tul;—y ella impávida pasea—en su interior ocultando—tres fardos de contrabando,—dos colchones y un baúl...

El Correo de Castilla. Revista de agricultura, industria y comercio.

Domingos, miércoles y viernes.—Cuatro hojas 212 × 152 mm. á dos columnas. Imp. de D. José M. Lezcano y Roldán.—Editor responsable, D. José Melgar. Redactores, D. Sabino Herrero, D. José Francés Alaiza, D. José Rojas y otros.

Comenzó en Abril de 1856.

Del núm. 43 (23 Julio).

«En la noche del sábado llegó á esta ciudad de regreso de la corte y en la silla-correo, el Capitán General Sr. Armero. Dirigióse inmediatamente al fuerte de S. Benito, y desde allí, á pocos instantes, á las casas consistoriales donde se encontraba reunido el Ayuntamiento. Parece que entre éste y el Sr. Capitán General mediaron decorosas y sentidas explicaciones acerca de la precipitada marcha del último á la Corte con todas las fuerzas de la guarnición, y aun se nos ha asegurado que el Sr. Alcalde y demás concejales indicaron su propósito de resignar sus cargos. No podemos dar pormenores de esta entrevista, cuyo resultado le consideramos altamente satisfactorio, toda vez que veíamos con gran sentimiento que personas tan apreciables y estimadas del público vallisoletano, como nuestro Alcalde Sr. Fernández Merino, los demás señores concejales y los que como junta auxiliar del Ayuntamiento fueron nombrados en la reunión del 16, nos abandonaran en las circunstancias críticas que estamos corriendo, y cuando les cabe la gloria de haber sido considerados y respetados por la Milicia ciudadana y por todos los honrados habitantes de esta ciudad. Débil, como es, nuestra voz, la esforzamos rogando á nuestro joven y simpático alcalde, á sus dignos compañeros y auxiliares, continúen gobernándonos. Valladolid no olvidará nunca y sabrá conservar un eterno recuerdo de estimación y respeto hacia sus personas, por su prudente, previsora y acertada administración.»

NARCISO ALONSO CORTÉS